

## LA ESGRIMA

(Conclusion.)

Sirva de muestra el siguiente diálogo de la comedia mitológica *Los tres mayores prodigios*:

—¡ A linda tierra he llegado!  
—¿En qué veis que es linda tierra?  
—En que ha hablado una mujer  
cuatro palabras enteras  
sin pedir algo; que allá  
en la mia no se enseña  
á hablar ya, sino á pedir.  
.....

Sería interminable este trabajo si fuera á citar en él todo lo que en aquellos tiempos se escribía con motivo de la hostilidad femenil contra el bolsillo de nuestros antepasados.

Nótese, sin embargo, que los escritores y poetas de aquel siglo, si bien advirtieron el fenómeno y se lamentaron de sus consecuencias, nada dejaron escrito sobre el modo de librarse de él; prueba evidente de que poco ó nada se había estudiado y previsto sobre el particular.

Sentíase el ataque, pero se desconocía la parada.

El nuevo arte de la esgrima se hallaba por lo tanto en embrion.

Quevedo fué quien dió á conocer en España, y aún creo que en gran parte de Europa, las primeras nociones defensivas contra el *sablazo* del bolsillo.

Era un hombre extraordinario, de gran saber y de agudísimo ingenio, y como tal se adelantó á su época penetrando algunos secretos del porvenir.

Cuando todos andaban á tajos y cuchilladas por cosas de poca monta, sin cuidarse de poner el bolsillo á buen recaudo contra genoveses vampiros, y damas y religiosos mendicantes, aparece Quevedo en la palestra ostentando la siguiente divisa en su *escamado* broquel:

»Solamente un dar me agrada,  
que es el dar... en no dar nada.»

Estos dos octasílabos pareados vienen á ser en el nuevo arte algo así como la primera *guardia* defensiva contra el *sablazo* moderno.

En las *epístolas del Caballero de la Tenaza*, que aparecieron poco despues, ya daba Quevedo más amplias explicaciones de su propósito, mostrando al propio tiempo su admirable instinto y su agudeza singular. Estas epístolas pueden considerarse fundadamente como las primeras reglas que se escribieron sobre la *esgrima* contra el pedir.

Véase con cuanta sutileza y donaire se defiende en algunas contra las acometidas de que era objeto:

«Yo, señora, con las palabras querria declarar mi voluntad y no con la bolsa. El tiempo es santo, la demanda justa, yo pecador; mal nos podemos entender: no hay que dar.»

«Doscientos reales me envía vuestra merced á pedir sobre prendas, para una necesidad: y aunque me los pidiera para dos fuera lo mismo. Bien mio, y mi señora, mi dinero se halla mejor debajo de llave que sobre prendas, que es humilde y nada altanero, ni amigo de andar sobre nada; y como es materia grave y no leve, su natural inclinacion es á bajar y no á subir.»

«Señora mia, yo bien entendí que habia órdenes mendicantes, pero no damas mendicantes sin orden. Yo, señora, me hallo tan bien con mi dinero, que no sé por dónde ni cómo echarle de mí; y me aplico más á tomar que á repartir. Advierta vuestra merced que lleva camino de sacarme de pecado, porque estoy resuelto ántes á salvarme de balde que á condenarme á puro dinero. Vuelva vuestra merced los dien-

tes y las uñas á otro lugar, que yo tengo la castidad por logro y soy pecador de lance.»

Y si de la prosa de este gran poeta pasamos á sus versos, generalmente satíricos é intencionados, poco trabajo costaria formar un grueso volúmen con los que él dejó escritos sobre el arte de parar tales *sablazos*.

Todavía no le apuntaba el bozo cuando hizo la siguiente observacion, en la que daba claros indicios de su gracejo y sagacidad:

La morena que yo adoro,  
y más que la vida quiero,  
en verano toma acero  
y en todos tiempos el oro.

Poco despues ya habia adoptado resueltamente una posicion defensiva, y trazaba su línea de conducta en esta forma:

Ya no he de dar si no fuere  
al diablo á quien me pidiere.

.....  
Sólo apacibles respuestas  
y nuevas de algunas fiestas  
le daré á la más altiva;  
que de diez reales arriba  
ya en todo mi juicio pienso  
que se pueden dar á censo.

Más adelante, cuando habia penetrado bien el secreto de la *nueva esgrima*, jugaba con los vocablos y hacia ya verdaderos *molinets* y *quites de contra-filo en retirada*, con una destreza singular:

«Vuela pensamiento, y diles  
á los ojos que más quiero,  
que hay dinero.

Del dinero que pidió  
á la que adorando estás,  
las nuevas la llevarás;  
pero los talegos no.

.....  
A los ojos que en mirrallos  
la libertad perderás,  
que hay dineros les dirás;  
pero no ganas de dallos.

.....  
Si con agrado te oyere  
esa *esponja* de la villa,  
que hay dinero has de decilla;  
pero que ¡ay del que le diere!

Por estas y otras mil demostraciones de su novísima habilidad, bien pronto cobró fama de maestro esgrimidor á la moderna, ya que como espadachin era sin duda uno de los más temibles de su tiempo.

El mismo, en las que pudieran llamarse sus postrimerías literarias, se precia no sólo haber defendido heroicamente su bolsillo contra toda clase de acometimiento, sino de ser el profesor más aventajado en la *esgrima del porvenir*.

En su romance de las *Sacadoras*, dice:

Sacarme de mis casillas  
ha podido vuestro encanto;  
mas sacarme mi dinero,  
hijas, es negocio largo.

Y en el de la *Destreza* concluye así:

El que quisiere aprender  
la *destreza* (1) verdadera,  
en este poco de cuerpo  
vive quien mejor la enseña.

De todo lo cual resulta que el insigne Quevedo, no solamente dió las primeras reglas del arte consabido, sino que le practicó en su tiempo y adivinó su futura trascendencia; por cuya razon fuera injusticia notoria, al tratar sobre este asunto, no consagrarle un honroso y merecido recuerdo.

(1) *Destreza* se llamaba en aquel tiempo el arte de manejar las armas, hoy *esgrima*.

## IV

Establecidas ya de este modo las principales reglas de la *nueva esgrima*, todo lo demás fué relativamente fácil, y obra de la experiencia y el tiempo.

Para cada nuevo ataque se ha buscado una defensa correspondiente; para cada *sablazo* un *quite*; para cada *embestida* un *paso de muleta*; para cada *demanda* un «no hay que dar.»

Andando el tiempo se fué desarrollando este arte y haciéndose cada dia más general, y por último hánle perfeccionado los ingleses de tal modo, que vino á ser el arte bélico característico por medio del cual se batieron los pueblos en esta cuarta época de las guerras de la humanidad.

Injusto sería negar á la Inglaterra la parte importantísima que le corresponde en la perfeccion del arte de *tirar* contra el bolsillo. A ella se debe en su mayor parte ese refinamiento mercantil y explotador que distingue á nuestra época de todas las anteriores.

Cuando dos pueblos vecinos se exaltaban y, obedeciendo á costumbres y resabios de otra edad, acudian al sable y al cañon para dirimir sus cuestiones, luégo al punto llegaba la Inglaterra y les hacía volver en sí explotando el coraje de unos y otros, como para darles á comprender que la época no era ya de conquista ni de sangre, sino de negocio y de especulacion.

Y de tal modo consiguió hacer notoria su habilidad y destreza en la *nueva esgrima*, ó sea el arte de poner á contribucion en provecho propio el bolsillo de los demás, que cuando vemos un hombre muy porfiado y diligente en sus cobros ó embestidas, sea cual fuere su procedencia ó su nacion, le aplicamos por analogía el adjetivo de *inglés*.

## V

En resúmen: el combate de la humanidad ha cambiado de forma en la época presente.

Al espíritu de dominacion y de conquista ha seguido el de especulacion y de negocio.

Al *quién vence á quién* de los pasados tiempos, siguió el moderno problema de *quién explota á quién*.

A la esgrima contra el corazon, ha sucedido la esgrima contra el bolsillo.

Pasó la *edad de espadas* y nos quedamos á otro *palo* en el juego de nuestra recíproca destruccion.

Oros son triunfos.

MANUEL FERNANDEZ JUNCOS.

## CELAJES

## I

¡Gloria! ¡Placer! ¡Dulce suerte!  
En eso siempre soñamos,  
hasta que al fin nos hallamos  
cara á cara con la muerte.

## II

¿Qué es la virtud? Débil sombra.  
¿Qué es el placer? Sol que espira.  
¡Ay! ¡Cómo el alma suspira  
y su destino la asombra!

## III

Héla aquí, ya muerto sér,  
cuya boca sonreía  
mostrando la hipocresía  
de que es capaz la mujer.  
Fué la copa del placer,  
el alma de la ilusion,  
sol, estrella, inspiracion,  
del mundo loco embeleso  
y efímera como el beso.  
¡Deja helado el corazon!

L. TORRES ABANDERO.

Caracas.

## LA VERDAD SOSPECHOSA

COMEDIA DE ALARCON, EN EL TEATRO EXTRANJERO

UNA TRADUCCION AL INGLÉS DE LA MISMA, Á MEDIADOS DEL PASADO SIGLO

(Conclusion.)

Hasta aquí el juicio del crítico francés. Su amor patrio le ciega hasta el punto de no ver lo cierto y de llamar plagario de Corneille, al que en todo caso lo sería de Alarcon. Mr. Toote, por otra parte, confiesa con la misma franqueza que el célebre dramático francés haber tomado su asunto del español; y aunque haya hecho más, nosotros, españoles, no le tratamos con igual dureza. La misma division que el autor inglés da á su obra, disponiéndola en tres actos sin observar las reglas clásicas como el francés, que demuestra al ofrecerla en cinco su apego á la observancia de la forma siguiendo las costumbres antiguas y la inviolable ley de los latinos, hace creer que tuvo á la vista, con preferencia al ménos, el original español.

En la misma publicacion periódica citada <sup>1</sup>, y trascurridos dos años del estreno de la obra de Toote, con motivo de volverla á representar en el teatro de Hay-Morbet, otro crítico sin duda, puesto que no alude al anterior juicio, se extiende en análogas consideraciones sobre aquella, inspirado por el mismo celoso espíritu nacional.

Este censor juzga que hubiera hecho mejor Mr. Toote en traducir literalmente la obra de Corneille en vez de desfigurarla y mutilarla, reduciéndola á tres actos. «Ha creído verosímil, observa, que en Lóndres se ignorase el manantial donde tan abundantemente ha bebido, porque no dice de dónde ha sacado el argumento de su obra ni quién le ha suministrado los diversos rasgos que forman el carácter principal, los del padre del Mentiroso, de su amada y de su amigo. Pero ¿cómo ha podido suponer que en Lóndres no se conociese este drama, uno de los mejores del teatro francés?»

No advierte tan apasionado escritor, en su completa ignorancia de la obra española, que su argumento es el que podía emplear, con sobradísima razon, cualquier crítico de nuestro pais en ley de equidad. El principal personaje de esta comedia, llámese *La Verdad sospechosa*, *Le menteur*, *The Lyar* ó *Il Bugiardo*; bien sea D. García, el jóven recién salido de la universidad de Salamanca, bien el de la de Poitiers ó de Oxford, es siempre el ideado por el insigne ingenio D. Juan Ruiz de Alarcon, á quien son debidos aquellos originalísimos rasgos como los que hacen tan notable y excelente figura la del padre de aquél. Toda la gloria de esta creacion es para nuestro poeta, así como suyos son los recursos, los incidentes, la marcha, en fin, de la intriga, en donde sobresalen, y que llegan á formar una accion dramática completa.

Una escena, la primera de la obra inglesa, pertenece exclusivamente á Mr. Toote. Tiene lugar entre nuestro D. García, convertido en todo un *gentleman*, con el nombre de *Wilding*, y una especie de pobre diablo que lleva el de *Papillon* y que, muy desfigurado ciertamente, es el *Tristan* de la pieza española. Este, despues de varias vicisitudes de la fortuna y de haber desempeñado diversas profesiones, siendo una de ellas la de pasante ó segundo maestro de pensionistas en *Yoskhyre*, y habiendo recibido, segun dice, algunos principios de educacion, llega á verse reducido á la humilde condicion de lacayo ó sirviente. Tan extravagante sujeto es además es-

critor y ha dado á la prensa sus críticas literarias en clase de compilador de *Monthly Review*.

Adivinase el principal objeto de esta adición. El autor inglés se propone satirizar en tal escena á los que, sin criterio y sin la ilustracion necesaria, se creian competentes en su época para difamar ó dar reputacion y celebridad inmerecidas en sus mordaces censuras ó sus elogios. Esta escena está escrita con muy buen discurso y llena su objeto; pero desde luégo se advierte que, no sólo no es necesaria, sino que está añadida con un fin determinado. Recuérdanos por su propósito y tendencia alguna de *El café*, esmerada comedia de Moratin.

No cabe duda que Mr. Toote consultó tambien la traduccion de Corneille, aprovechando ciertas variaciones, no todas acertadas en nuestro concepto, que este autor hizo de la pieza española. *Wilding*, el *Dorante* de la francesa, se hace pasar con su dama como un esforzado militar lleno de gloria alcanzada en la América, como éste en Alemania, y llega hasta asegurarle en sus hipóboles que Inglaterra le debe la toma de la plaza de Quebeo, cuyo plan de sitio hubo él mismo formado. La descripcion de la fiesta que hace el mentiroso á su amigo Sir Eliot (*Don Juan en La verdad sospechosa*), suscita igualmente los celos de éste, cohonestando de la misma manera la repentina aparicion para él, asegurándole hallarse hacia un mes de incógnito en Lóndres.

*Wilding*, ménos noble y digno que D. García, á la justa reconvencion de su padre niega que tenga el defecto de mentir, achacándoselo á Eliot, de quien dice no debe creer palabra. Esta acusacion calumniosa no está en el carácter del galan español, cuyas falsedades, por censurables que sean, no causan deshonor y desconcepto de otros. El *gentleman* pone por testigo de sus embustes al desdichado *Papillon*, á quien concede gratuitamente el título de Marqués de *Chateau-Briant*, que lo es de una ilustre familia de Bretaña. Como se ve, este personaje es el más cambiado de la obra inglesa, en cuya escena acaso no debia convenir nuestro gracioso, con sus confianzas y su intimidad con su señor.

El *quid pro quo* de las damas para *Wilding*, por más que el crítico citado lo atribuya á plagio de Corneille, es el mismo de la obra española. La escena entre Eliot y Miss Gramtham (D. Juan y Jacinta) es idéntica á la de éstos: reconviénele el celoso amante por su inconstancia y su amor hacia *Wilding*, así como por su complacencia en recibir el obsequio de la espléndida fiesta dada por aquél, é igualmente la deja furioso y desesperado; escena que, con pequeñas variaciones, tradujo asimismo Corneille.

El crítico de esta produccion inglesa, á quien nos referimos, acusa á su autor de completo plagio de aquel célebre ingenio en la escena en que D. García emplea como un recurso salvador en su situacion apurada la ficcion de su efectuado casamiento. Si es traduccion exacta la del autor inglés, conociendo *La verdad sospechosa* fácil es advertir cuál es el verdadero original.

Otros detalles se notan en la obra de mister Toote, que no son tomados de la de Alarcon ni de la de Corneille, tales como la aparicion en el tercer acto de una cohorte de cocineros, músicos y danzantes que acuden á Mr. *Wilding* con el propósito de avergonzarle por sus engaños, reclamándole el pago de los gastos hechos en la supuesta fiesta celebrada en honor de Miss Gramtham y la presentacion de la dama que pretende ser aquella con quien figura haberse desposado, la cual le llena de reconvenciones.

El desenlace es asimismo de la exclusiva ori-

ginalidad del autor inglés. *Wilding* se muestra confundido, y la dama que en realidad pretende rehusa darle su mano, al ménos hasta que se haya corregido completamente del indecoroso vicio que tan habitual es en él. Acaso este final aventaja por recibir más completo castigo el vicioso al que le da Molière y el mismo Alarcon. En ninguno de ambos es completo, puesto que al fin aquél da su mano á una dama que, si no es su preferida, es digna y hermosa. En la obra del poeta español queda deslucida *Lucrecia* aceptando este matrimonio, por más que haya demostrado su inclinacion á D. García. En *El Mentiroso*, más justificado este cambio de su protagonista por su afecto anterior hacia la misma jóven, es menor por consiguiente, ó no lo es, mejor dicho, tal como lo merece el castigo que recibe. Bajo este aspecto, el desenlace dado á la comedia *The Lyar*, es más cumplida leccion moral.

Terminaremos, pues, estos apuntes sobre la obra más celebrada de Alarcon con un ligero recuerdo de otras imitaciones, algunas poco felices, de la misma. La de *Goldoni* de *Le menteur*, *Il Bugiardo*, perdiendo aún más á su paso y rodeo por distinto idioma, no es acreedor á igual estimacion que el trabajo de Corneille: llega á presentar el caracter de una obra de figuras así como aquella tan desfigurada ya de los hermanos *Figueroas*, que lleva por título *Mentir y mudarse á un tiempo* ó *El Mentiroso en la corte*.

No merece ser mencionada la imitacion bien poco feliz de un discípulo de *Comella*, que probablemente no conoceria la comedia de Alarcon. Hízola sin duda de la obra de Corneille, y acaso á la vez de la de *Gordoni*; y sin embargo, fué representada con éxito en nuestros teatros, en tanto que nadie se acordaba del insigne poeta del siglo XVII, tan poco halagado de la fortuna. Titúlase *El embustero engañado*, y su autor, el que á un tiempo era actor, llamábase Luis José Antonio Monein.

En tiempos recientes, y con muy buen acierto, ha vuelto á ofrecerse en nuestra escena *La Verdad sospechosa*, esta joya de nuestro antiguo teatro, siendo oída, como era de esperar, con aplauso y complacencia y justa admiracion al talento que la produjo, por un público que tan de tarde en tarde puede admirar y con razon aplaudir las verdaderas producciones del ingenio.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

## JULIO

## En el aire

—Hi, hi, hi, hi, hi...

—Hu, hu, hu, hu...

—Ténganlos Vds. muy buenos, señoras moscas. Con que tambien de viaje, ¿eh?

—Justito. En cuanto supimos que Julio tenía la sarten por el mango, y que todo el mundo dormía ya con las ventanas de su casa abiertas, ¡alas para que os quiero! nos echamos el guitarillo á la espalda y en marcha. ¡Tenemos una sed de sangre!...

—Pues nosotras vamos en busca de las uvas, que pronto se pondrán dulces, pues Julio las está echando á toda prisa el azúcar. Y á propósito, ¿han visto Vds. muchos calvos?

—Centenares.

—No es poca fortuna. Ninguno ha saltado aún á nuestra vista. Mejor suerte han alcanzado las moscardas.

—Por ellas íbamos á preguntar.

—Que, si en cuanto tendieron el vuelo encontraron, hasta dejarlo de sobra, donde chupar.

—Sí, ¿eh?

<sup>1</sup> *Journal encyclopedique*, 1764, tomo VII, parte primera.

—Ustedes no saben lo que abundan los burros en el mundo.

—¿Y Vds. creen, caras moscas, que escaparemos muchos del cachete?

Mosquitos, no hay atajo sin trabajo, y al que le pican se rasca ó atiza. Pero Julio nos protege, es nuestro mes, y miétras nos preste su calor ya tendremos cuenta de escurrir el bulto. Nuestras alas están ahora ágiles. ¡Pues si desmayan ustedes al comenzar la jornada!

—Ea, pues, cuidado con el mosquero de papel, y encontrar muchos cráneos *inpelis*.

—Igualmente: ojo con abrasarse en las luces, silencio y aguijon seguro.

—Hi, hi, hi, hi...

—Hu, hu, hu, hu...

Y cada uno sigue su camino; las moscas separando las alas para lucir el talle y ensayando en sus trompas notas de caza, y los mosquitos, atusándose las antenas y templando sus guitarillos.

#### En la tierra.

—Anda con cuidado, gazapo, que eres muy loco y te va á costar la torta un pan.

—¡Bah! Pues no es flojo tu miedo, cobardon.

—Bueno, bueno, yo soy conejo viejo y sé lo que son las cosas. Ya que te has empeñado en venir á roer por junto á las tapias, anda con piés de plomo y no saltes así á humo de pajas. Mira que estas matas de tomillo y cantueso me huelen mal.

—Pero, señor, ¿qué peligro nos amenaza, conejo de Dios?

—El lazo.

—¿El lazo?... Si estamos en tiempo de veda.

—No importa. Julio gobierna ya, y desde su día primero nuestros amos tienen derecho á apretarnos el pescuezo y á vendernos, sin más fórmula que una licencia del alcalde.

—Pero entónces somos unos ilotas, vivimos en la esclavitud.

—Lo que quieras.

—¿Y los derechos individuales conejiles?

—Pataleta.

—¿Y la libertad?

—Pues esa es la libertad. Tenemos derecho á todo y podemos hacer lo que nos plazca, ménos lo de acá, y lo de acullá, y esto, y lo otro, y aquello...

—Dígame entónces que maldito mil veces Julio. A bien que yo no temo nada. Gracias á Dios no me estorban telarañas en los ojos, y á nariz nadie me gana.

—Con todo y con eso, más vale volvernos á la madriguera y pastar cerca de ella.

—No, no; yo quiero volver por aquí. Menuda panzada de raíces me he dado hoy.

—Bien; pues yo me voy. Tú no dejas obligaciones; eres soltero. Pero yo sostengo mujer é hijos y no estoy por morir oscuramente y ser vendido, despues cadáver.

—¿Y el alcanzar la inmortalidad gazapil? Y el ser venerado como un héroe? Y... grarrá, ragrá ¡ay! ¡ay! ¡socorro! ¡socorro! me ahogo, yo no sé lo que se me anuda á la garganta. Me ahogo... me ahogo.

Y el pobre gazapo que conversaba apaciblemente bajo una lancha de piedra caída, se agita en vano, haciendo con sus convulsiones más prieto el suelo que le ahoga, en tanto el conejo viejo se aleja triste por lo ocurrido y por no poderlo remediar.

#### En el agua.

Paf, paf, paf...

—Hola primo besugo, ¿tan de mañana y ya nadando?...

—Qué quieres, pagel, no le dejan á uno dormir. Esta gente que se ha venido á nuestra casa

en cuanto entró Julio, se levanta con estrellas, y en seguida se echa al charco.

—¿Sabes que hoy encontrarán agradable el baño? Está el agua deliciosa.

—Mira, mira, que sardina tan grande...

—Eh... vete al anzuelo... Ya me lo había creído. Si es una mujer, una bañista.

—Una mujer eso, ¡tan largo y seguido!

—Berr... Se me había figurado un tiburón. ¡Vaya un tamaño! Ve ahí otra dama distinta... Menudo susto me ha dado.

—Que atrocidad.—¿Qué es eso tan abultado que lleva en la popa?...

—Pues aquí no hay postizos, y lo que ves, aunque gordo, es propio.

—Dígame que resulta curioso el baño desde aquí; ¡qué detalles, qué pormenores, qué secretos! Dime, ¡qué pocos hombres se remojan! ¿Dónde paran los maridos de todas estas ondinadas improvisadas?

—Míralos en la orilla cómo pasean, con qué calma leen aguardando. Yo creo que traen á sus mitades con la sana intencion de que nos las comamos.

—Ve, ve aquella. ¡Qué curvas y qué panorama!...

—¡Bah! Pronto te entusiasmas; ya se conoce que no vives aquí habitualmente como yo. A mí no me asombra ya nada. Más de cuatro veces he tenido el honor de sacudir con mis aletas las pantorrillas de las nadadoras, y te aseguro que la cosa, sobre insustancial, es expuesta, porque las malditas son muy listas.

—Atiende, atiende, aquella y aquel...

—¡Ah!...

—¡Oh!...

Y el besugo y el pagel, sin hablar más palabra, nadan aceleradamente en direccion á aquel y aquella.

#### En el huerto.

Se envolvió en buenos pañales, y lo que es su bautizo debió meter mucho ruido, pues nada ménos le sirvieron de padrinos Céres y Julio César; por eso lleva el nombre de este último. Desde entónces alcanza el mayor de los honores, turnar en el gobierno de la Naturaleza; es además caballero gran constelacion de las órdenes zodiacales de Leo y Canis.

Esto en cuanto á su historia y merecimientos. Por lo demás, si bien tiene buen fondo, es por natural y por educacion bastante bruto. ¡Vaya unas maneras destempladas! ¡Qué modales y qué intransigencias! No niego yo que lo hace de buena fe, que obedece á su carácter brusco, que su temperamento es sanguíneo, que en él predomina la fuerza; pero á decir verdad, se pasa de listo y de íntegro. ¿Flores?... ¡Quita allá! No entiende de monerías propias de damiselas. ¡Pestes con la poesía y el arte! Así se cuida él de la belleza de las amanecidas y anohecidas como de un zapato viejo. Que no le hablen de arreboles y de celajes. Sólo se ocupa de tener mucha luz cuando se levanta y cuando se acuesta, y así enciende el sol muy temprano y lo apaga muy tarde. Diríase que teme romperse las narices.

Julio es ante todo hortelano. Su ocupacion favorita la constituye el huerto; sin duda está por lo positivo. ¡Ah! golosazo; ¡bien cuida de las frutas! Ved, ved las peras qué formalitas se han hecho; ya son unas señoritas de esbelto talle é incitantes curvas; pero... qué cursis. ¡Pues no gastan miriñaque! Llegan á la pubertad y el corazón se les ablanda manando agua. Salud y memorias á sus primas de donguindo. Pasen, pasen, y como todos los santos tienen octava, felicidades, pues ya sabemos que há poco fué el de Vds., San Claudio. Vaya que el

riego les ha probado á Vds. bien; parecen huevos de pava. Estas señoras no se adornan con exquisita belleza plástica; pero en cambio tienen un cutis de raso, y su interior es tierno y bondadoso. Sus primas, las ciruelas negras, son más chiquitas y pizpiretas; pero de igual excelente fondo. Estas familias todas tienen un millón de parientes.

¡Todo el mundo boca abajo! Allí está, vanidoso y altivo, el ventrudo melocoton. Miradle cómo le arrastra la barriga y qué colores luce. Pide á voces que le remojen en vino. No le hay más pacífico ni dulce; pero su exterior predispone en contra. Tiene la piel áspera y el corazón suave, al modo de ciertos maridos que se creen fieras porque echan cuatro tacos, y obedecen y callan en cuanto su costilla les mira por encima del hombro.

Y ¿gestos amarillos y encarnados? Son los últimos albaricoques y guindas. La retaguardia de aquel gran ejército que desfiló el mes pasado, y que va huyendo ante la proximidad de otro numeroso que le viene á los alcances, el de las uvas, cuya vanguardia de tropas ligeras de agraz asoma ya sus verdes uniformes. ¡Qué tardos son los jovencitos de esos árboles para crecer y desarrollarse! Ya tienen poco ménos que dientes y todavía maman. Así han puesto á sus madres de lacias y melosas. ¡Pobres brevas! Buena azotaina se merecen los tales higos. ¿Hablé antes de un ejército invasor? Pues he aquí que el pueblo se arma para defender sus cercas, y las zarzamoras afilan las espinas de sus tallos y contraen sus guerreritas negro-rojizas. ¡Bravo! bien gordos y mantenidos están melones y sandías; la apoplejia les amenaza; parecen reductos por lo grandes. Estos melones son los favoritos de la humanidad por aquello del amor al prójimo.

¿Y allí? ¿Qué hay en aquellos recuadros? ¡Cielos! Redondos, cascudos, con vetas verdes, reventando de repletos, muy colorados, y en compañía ¡Santo Cristo! de ciertos sujetos largos y estrechos, verdinegros, de piel lustrosa aculebrada.

Mucho ojo; nos encontramos mano á mano con los primeros revolucionarios del globo, con los más exaltados anarquistas. Son el pueblo y la aristocracia de la conspiracion, los Mohicanos y los Carbonarios. ¡Ah! Y lo que es peor, que cuentan con amigos dentro de casa. El agua está afiliada á la orden y es el auxiliar más poderoso de los tomates y pepinos, que tal es su tenebroso nombre. Son enemigos temibles; su trabajo se encamina siempre á lo mismo: á producir el cólico. Destruyen por destruir y, como las sirenas, atraen á la muerte cantando; ellos ja brindan dándole placer al paladar.

Ved; Julio sudando el quilo ha dejado el almocafre y el podon, y cansado de aporcar apios y de atar lechugas y escarolas, se sienta bajo un árbol, empuña reluciente navaja y parte grandes trozos de pan, que va echando en panzuda cazuela llena de agua. ¡Dios santo! Esto es hecho; corta rajadas de tomates y pepinos y lo revuelve todo y come despues á dos carrillos. ¡No tiene remedio; Julio se suicida, se está tomando un gazpacho!

#### Abajo y arriba

¡Quién se lo había de decir! Ellos, que crecieron tanto y engordaron tanto, y se pusieron muy verdes, y todos los días se columpiaban en dulce vaivén cogiditos de la mano, dejándose llevar de la brisa, ¡háse visto mayor crueldad! ¡Tan contento como estaba el campo con ellos porque le alfombraban el suelo de esmeralda! ¡Y para eso pusieron un espantajo que los defendiese de los ataques de los pájaros! Valiera más haberles matado de chiquitos. Bien temian